

4 Cosmo-nadas

Eduardo Sabugal Torres

Adán

Casi todos recordaban el primer balbuceo de Adán-Noé en el arca del tiempo. Nombrar y salvar, en ese orden. Pero los habitantes de este planeta, habían realizado la operación inversa. En lugar de salvar parejas en una gran nave que sobreviviera a la hecatombe, habían lanzado al espacio a la única pareja que ponía en riesgo a la humanidad. De alguna manera, la nave 22 en la que habían embarcado al cosmonauta y al jokerman, también era un arca diluviana. La risa y la contemplación cósmica entraron, como la única falsa pareja, a la expulsión planetaria. Habían pasado muchos años luz, y aún seguían sin divisar ningún arcoíris en la escotilla de su nave.

Luz

La nave se quedó sin luces, todo fue negrura. Adentro y afuera. Ningún planeta, roca, o rastro de la vía láctea eran visibles en la escotilla. El jokerman y el cosmonauta se quedaron un rato así, sin ver nada, callados. El cosmonauta recordó que tenían velas dentro de la nave. Encendió una. Con esa luz miserable y escueta seguían sin poder ver algo hacia afuera. El exterior seguía siendo para ellos como un mar espeso y oscuro. Sin embargo en el reflejo de la escoti-

lla vieron sus rostros, atentos a la nada. El jokerman mirándose como en un espejo y dejando salir una de sus risitas sarcásticas, recordó en voz alta —una vez en mitad de un show, en un bar de Cholula, dejé de hacer reír a la gente — El cosmonauta también mirando su reflejo en la escotilla asintió con la cabeza.

Lección

—Tienes que perder palabras —dijo el jokerman aleccionando al cosmonauta para reír de verdad. —Cuando el lenguaje ya no sirve aparece la risa —dijo riendo modestamente el Jokerman. El otro miró melancólicamente por la escotilla de la nave, ya había perdido un planeta, ahora le pedían perder palabras para poder reír. —Pero la risa es también una palabra —dijo después de reflexionar. El jokerman se lo quedó mirando un instante, luego una sonora carcajada inundó la nave. Enojado, el cosmonauta interrogó —¿quién nombrará las cosas?, la risa puede ser nombrada pero no puede nombrar—. El otro dejó de reír.

Limonero

Cuando la nave 22 hubo aterrizado, el cosmonauta y el jokerman descendieron. Miraron el paisaje atentamente. Todo seguía ahí, idéntico a cuando se habían ido, hace muchos años. El cosmonauta caminó hasta tocar las hojas de un árbol, aplastó la hoja y respiró el olor que expedía la hoja entre sus dedos. —Las hormigas no se lo han comido —dijo. El jokerman que lo miraba desde lejos, sonriendo desganado, contestó. —No, las hormigas siguen allá, en el no-lugar, donde está tu risa también, quizá se alimenten de ella en este momento—. La risa del jokerman estalló estruendosa como si hubiera escuchado un chiste. La nave

despegó. No volvieron a visitar aquel limonero que parecía detenido en el tiempo, aferrado a la Tierra. El cosmonauta miró el árbol desde la escotilla, su mano aún olía a limón, lloró en silencio, pensando en su risa perdida y en el alimento de extrañas hormigas cósmicas.